PANCHO GARROTE Y EL HOMBRE DEL CORDÓN NEGRO

Es el amanecer de un luminoso día de Noviembre, (Del año de Grecia de 1874). Plena campiña cubana en las márgenes del caudaloso Cauto. Algo interesante ocurre en su orilla izquierda, en una lometa donde se elevan gigantes y en desorden matas de mangos y airosas palmas. Se sienten ruidos de armas, galopar de caballos, ordenes de mandos y el blasfemar de soldados con unas interjecciones. Un *juflillo sui generis* trae algo semejante al olor de las montañas e indica sin lugar a dudas, que llegamos a un Campamento Mambí. Allí están las fuerzas del temido jefe tunero Vicente García.

En eso se mueve el campamento para formar la tropa.

El contento es general pues reza en la orden del día, que van a emboscarse donde sólo saben que mañana es seguro pelearán donde ellos lo ignoran. Este astuto general nunca dice a donde va, pero cuando dice que se peleará duro, la tropa está segura que la sangre correrá. Tendrá fuego de lo lindo. Vicente García sabe hacer las cosas. A las 8 de la mañana están las fuerzas formadas, 400 hombres bien armados.

A marcha forzada, se dirigen camino a Bayamo. Ya oscureciendo hace alto la fuerza, han tenido que almorzar caminando y para lo que han de engullir unos plátanos asados y un pedazo de carne mal cocinada.

El General da órdenes a sus ayudantes: «preparen los convoyeros y toda la impedimenta en el cayito del monte. Todas las fuerzas a orillas del arroyo que costea el camino real. El que no tenga machetes que vaya a Ja impedimenta, no necesita fusiles.»

A la media hora se cuadra un capitán: «Mi General, hay un (soldado) muchacho que no tiene arma, que no quiere ir a la impedimenta, lo he mandado arrestar y se resiste». El General: «preséntelo al cuartel inmediatamente que va a saber como se cumplen mis órdenes». Llega el arrestado, es un joven imberbe, casi un muchacho, de cara cuadrada, de andar lento, recia musculatura y de mirada enérgica, casi adusta.

, La ancha frente se cubría con sus rizos cabellos en desorden del color del ébano y el entrecejo fruncido en medio de aquellas cejas pobladas, hacía del muchachote un ente extraño e indefinible.

—General: Oye tú ¿quién manda en el campamento?

—Soldado: Usted, mi General.

—General: ¿Y cómo te atreves a contravenir mis órdenes?

—Soldado: Porque yo no he venido a sus fuerzas a hacer oficios de mujer, yo he venido a pelear.

—General: Pues mal rayo te va a partir. ¿Tú no sabes que puedo mandarte a fusilar? ¿Cuál es tu nombre?

—Soldado: Pancho Trujillo.

—General: ¡Pancho Trujillo! ¡Pancho Trujillo! ¿Tú eres hijo del Capitán Trujillo?

—Soldado: Sí señor.

—General: Conque tú eres hijo de Pancho...

—Soldado: Sí señor.

—General: A ver hijo, a ver, entonces si que es distinto el cuento. ¿Cómo no habías venido a verme?

—Soldado: No había tenido oportunidad. Me alisté ayer en las fuerzas.

—General: ¿Y tu madre y tu hermano?

—Soldado: Muertos por los españoles.

—General: ¡Muertos, muchacho, muertos! ¿Y tú no estabas con ellos? ¿Cómo no te dejaste matar?

—Soldado: Yo, yo, y usted me dice eso... (un estremecimiento en todo su ser lo hizo encoger como si fuera a saltar sobre el General... cerró los ojos y respondió: —usted es el jefe y se llama Vicente García.

—General: Perdona, perdona, muchacho, yo sé que si el hijo de Pancho hubiera estado allá no estaría aquí ahora. Tenía muchas deudas de gratitud con tu padre, que era hasta hace un mes el mejor y más valiente de mis gentes, pero cayó como tenía que ser, tarde o temprano, por su arrojo temerario. Bien, tú eres su hijo y lo serás de hoy en adelante para mí. Toma mi machete y al amanecer me dirás que has hecho con él.

—Soldado: Mi General, otro día yo tomaré ese machete, cuando me lo gane, yo mañana voy a pelear con este garrote, yo he jurado que el machete de mi padre que le cogieron ha de costar muchas vidas de españoles. Mañana tendré uno...

Aquella noche cada hombre durmió en su puesto de combate. Seguro que al amanecer pasarían los exploradores del convoy y todo tenía que aparecer insospechable, pues toda clase de mechas se habían cortado absolutamente. Efectivamente, a las cinco pasó la exploración, a las seis regresaba confiada que nada anormal existía en la tranquilidad de los campos. A la llegada de las ocho: la vanguardia enemiga y cuando ésta estuviera en el arroyo quedaría el centro del convoy frente a la infantería emboscada. La caballería escondida en la manigua del arroyo atacaría la vanguardia, un tiro bien certero, para cundir el pánico, y el grito de ¡Al Machete que son nuestros! Como todos los golpes de este jefe, fue matemático, derrota absoluta del enemigo, un riquísimo botín y casi sin bajas sus fuerzas. Tres muertos y doce heridos. La retaguardia enemiga ante el peligro, cubre en acción, se retira a cuadro formado. Habrá que ver el espectáculo alrededor de una carreta. Cinco hombres yacían con la cabeza rajada, allí surgió un combatiente singular, que con un garrote y un garabato hizo aquel desaguizado. Al General le avisaban entonces todos los soldados de las proezas del muchacho; con el largo garabato en una mano y el garrote en la diestra, con el uno hacía presa y con el otro molía las sienes con golpe diestro y fuerte.

De allí en adelante se conoció en las fuerzas por Pancho Garrote. Han pasado años, años que parecen siglos. El más grande de los martirios de un presidio no es comparable a la vida del Mambí. Hambrientos, enfermos y sin medicamentos, en guerra diaria y sin armas, sin ropas ni cuarteles, a la inclemencia del tiempo. No concibe la mente humana como aquellos hombres sostenían sus cuerpos esqueléticos.

Pues bien, han pasado cuatro años, desde los hechos relatados. Es un atardecer en lo más intrincado de la Maestra, en las montañas de Filé. Un fuerte mancebo, todo de limpio (raro contraste) con revólver y machete, un sombrero jaquetón de jipi-japa, pañuelo a cuadros vivos sobre el cuello, polainas y zapatos de fuerte vaqueta. Ágil y confiado desciende la cuesta de un arroyo que se despeña de la montaña.

De repente, se para, asoma estupefacto ante el cuadro que se presenta a su vista. En una gran piedra del arroyuelo, de pie y desnudo hay un ser estrambótico, pareciera el esqueleto de un hombre si no se moviera, hueso, pellejo y pelos, lo que agigantaba más su talla que de por sí era alta; la hora y el lugar hacían daño al espíritu más templado. Nuestro mancebo no atina ni a requerir su machete y el pánico lo clava en el lugar, su garganta está seca, siente un nudo que le apri siona, siente escalofríos en su cuerpo y que se erizan sus cabellos, quizás

por primera vez en aquel rudo mancebo lo que es el miedo. El hombre de la piedra, agita sus brazos, que semejan varas secas y emite un lúgubre sonido ronco que él imagina carcajadas. Luego erguido, solemne se encara con el intruso y señalándole con los huesos de la imano, le increpa: ¡Majá, cobardón! te asustas de mi saco de huesos, cómo no sería con los soldados españoles, bien haces en ser majá, mírame bien yo soy el espejo de lo que es un cubano digno; lo que a ti te asusta a mí me dignifica, mi gloria hoy son estos pellejos.

Según va hablando el vejete, el otro se repone, la sangre helada de sus venas, empieza a caldearse, las mejillas se enrojecen, los movimientos acuden fieros, ante aquellos epítetos se dirige sobre el hombre con ademán de hacerle crugir los huesos.

Por fin, llegando a él le responde, grita iracundo: «Calla, hombre maldito, o no te dejas hueso sano, mira que eres el primer hombre que se atreve a ofenderme en lo más grande y sagrado que hay para mí, la Patria.» «¡Ja, ja, ja!, responde el otro ¡que valiente y que patriota! ¿Crees tú que con ese corpachón, esos colores, esos vestidos de señorito, agonizando nuestra sagrada revolución, te vaya a creer un patriota?»

Mírame a mí —agrega— compara tu cuerpo con el mío, ve mis harapos y mira tu traje. Compara tu riqueza con mis miserias y la vergüenza te hará enmudecer. Tú no eres cubano, tú eres paria.

El joven le replica:

—Cállate, alma maldita o no considero tu estado y te abordo con mi machete como he rajado cuerpos españoles enemigos en mil combates.

El viejo continúa ripostándole:

—Calla embustero, tu tipo de majá no engaña ni a un mambí viejo, ni siquiera valor te queda para acabar con mi mísera existencia, con el soplo de aliento de esta vida que no verá muchos soles.

Mientras este diálogo se entabla el hombre esquelético vestido con sus harapos contempla a su contrincante con una sonrisa de ironía, mientras que éste lleno de arrogancia, le dice:

—Mira, aborto de los infiernos, antes de castigar tu maldita lengua, debes saber que hablas con un coronel de la Revolución, que soy de los hombres de Vicente García y me llamo Pancho Trujillo, que...

—¡Ja, ja! —le interrumpe el viejo—. ¡Si además de cobarde eres embustero!

Ya tanto no era posible aguantar, el ánimo fiero de aquel hombre que se había forjado en la guerra y se le temía y respetaba. Fuera de sí,

silva el machete en la mano y va a tronchar el espantajo humano de un solo tajo.

El hombre no puede sostener más su cuerpo y cae abatido sobre el césped, la tristeza nubla su faz, se dulcifica aquella careta, careta repugnante, aquellos ojos negros, luminosos se apagan y una mueca horrible de abatimiento se refleja. Como por encanto, Pancho Trujillo, deja caer su machete, tal parece que ante el derrumbe del ofensor, no puede eludir la compasión de su buena índole mientras, el otro hombre abatido, casi moribundo mantiene un soliloquio casi apagado por el agotamiento: sí, sí, Pancho Trujillo fue un buen amigo, el me prestó mil inolvidables servicios, cuyos recuerdos han dulcificado mi existencia en mis miserias.

Yo pude —agregó— pagarle algo de su cariño con mi cariño y con mis hechos. Dos veces pude salvar la vida de aquel valiente compañero. Ya él murió como han ido cayendo todos los buenos. Y así como este mozo toma su nombre para robarle su gloria de guerrero, así mañana tomará otro el mío para apoderarse de mi fortuna.

La mayor parte ha sido oída por Pancho, se fija en la indumentaria del hombre y percibe un grueso cordón que pende entre los harapos y que debe haber sido de color negro. Entonces, cosa extraña, el mancebo cae acongojado a los pies del hombre y gimiendo entre un raudal de lágrimas, pide perdón a aquel ser, el otro sale de su ensimismamiento y ante aquel cuadro que a él se le antoja debilitado, vuelve a resucitar su energía y aquel mirar duro y dice insultante: —Como, ni siquiera eres hombre, así que resulta que mi fiero compañero es una débil mujerzuela.

El orgullo herido vuelve a reaccionar y con palabra varonil, responde: No señor, no, no crea debilidad lo que es amor por usted... yo le reconozco por ese cordón y por sus palabras, como el amigo de mi valiente y buen padre. Yo soy el hijo de Pancho Usted dos veces estuvo en nuestro rancho y bien que me recuerdo, nos hacía juguetes a mi hermanita y a mí y nos enseñaba a leer, ¿no se recuerda?

No es para contar la emoción de aquel hombre ante tales palabras, a la luz de la luna quiso incorporarse y no pudo más, cayó desmayado en los brazos del joven.

Vuelto en sí cuántas cosas se dijeron, qué cosas se contaron. Lo relatado por aquel ser extraño arrancarían sollozos al alma más templada. Pancho relata como muere su padre en lo más recio de un combate. El General García como torbellino demolidor pasa a su lado y le dice: Pancho, de ti depende que los arsenales con el pertrecho y a mí que el dinero para

el Gobierno no caigan en mano de los españoles. Resiste con tu gente hasta que toque retirada.»

—«Vivo o muerto aquí estaré mi General», —le respondió. Aquel día fué el mas caro y más glorioso para mi padre. Con sólo 20 hombres resistió la temible guerrilla que atacó su puesto, fuerte de 150 hombres. Cuantas veces acometieron fueron rechazados a fusilazos y un reguero de muertos en la distancia que los separaba. A la media hora del rudo batallar, en el último ataque, los 7 hombres que quedaban con vida no tenían un tiro que disparar.

»Mi padre con dos balazos, tinto en su sangre, acomete machete en mano, su gente le sigue y cada hombre vale por diez. El grupo guerrillero atacante no puede resistir lo fiero del ataque, es su último golpe y huyen despavoridos.

»La corneta toca retirada, pero tarde, no hay hombre que pueda retirarse; en aquel mar de sangre no se oye más que el gemir de los heridos. El General García, con 10 hombres aparece en el lugar y se lleva las manos a la cara horrorizado de lo que ven sus ojos, él tan acostumbrado a contemplar cuadros semejantes, pero aquello sobrepasa a todo lo visto.

»En un trecho de 100 metros yacen 90 hombres, entre ellos los 29 de mi padre. Todavía él tiene fuerzas para decirle al General Vicente García: «Oimos tu corneta llamando a la gente, pero comprende que no hay sangre en las venas para cumplir tu orden, gracias que pudimos atajar al enemigo; carijo Vicente, que duro estaba hoy el soldado! y cayó muerto en los brazos de su amigo! (Sólo dos hombres pudieron sanar de sus heridas).

»A los tres meses supimos en el rancho la fatal noticia y sabiendo yo que fuerzas cubanas acampan cerca del lugar donde estamos acudo a tomar noticias y al otro día...

»¡Ay terror! ¡que cuadro! ¡cuánto horror! Cuánta sangre ha tenido que derramar esta mano desde aquel día fatal. Yo que sentía congojas en el alma cuando veía matar un pajarito. ¡Cuántos hombres he muerto de entonces acá! Cómo he roto cuerpos: cuatro años de incesante matar no fueron suficientes a borrar mi odio, a apagar la visión de mi santa madre y mi inocente hermanita (asesinada), inmoladas por el brutal enemigo. Hace tres meses corro por estas montañas, llenándome de vida, recuperando la sangre perdida por dos balazos en el pecho, pero otra herida no menos fiera ha recibido mi pecho en esta Sierra, estoy herido

por el amor y cosa rara, para mí inexplicable esta herida ha curado a la otra y ha hecho de mí otro hombre, me ha hecho pensar con ternura, me hace olvidar de mis santos odios y todo para mí surge con una nueva luz, el júbilo de vida brinca en mi pecho y el porvenir me sonríe como si allí estuviera el Paraíso.»

El viejo le dice, entonces:

—«Joven, querido hijo, has enternecido el final de mi jornada, la vida sin objeto que ya acababa, ha tenido un destello de bienestar espiritual con tu providencial encuentro y el final de tu relato. Dios bendiga tu pureza, no contaminada con las miserias sociales. Dios haga que seas tan feliz en el amor como desgraciado lo fui yo por una fatalidad de mi sino adverso. Esa ilusión que llena hoy todo tu ser fue el norte y siguió mi fantasía juvenil. Pero mi estrella fatal rompió la ilusión e hizo de mí el más infeliz de los hombres.

«Todos mis amores murieron apenas probados, una realidad sombría injurió mi existencia. Algún día sabrás la historia de mis amores y mis adversidades; te dejo este tubito de hojalata, él encierra un pianito y te indicará el lugar de mi ingenio de la Habana, donde hallarás enterrado un tinajón lacrado, donde a más de una fortuna en joyas y propiedades que te lego, encontrarás la historia de este cordón negro que ciñe mi pecho, como silicio a la carne. Sé feliz, hijo mío en el amor, disfruta de la vida venturosa. No pido más a tu cariño y te recuerdo que cuando esta guerra termine y comience la otra...»

—«No se deje guiar por malos presagios —le respondió el joven— usted no se alejará de mi lado, yo no seré obstáculo en su existencia. Vaya a casa de mi novia, vive cerca de la costa y verá qué pronto con sus cuidados le vuelve la salud.»

—«No hijo mío, tú no conoces aún los terribles males del cuerpo, las terribles pestes que caben a los hombres. Mi existencia está minada, yo soy apestado, un atentado a la salud de los que me rodean, la terrible peste blanca, la tuberculosis acabó con mi cuerpo, yo sólo existo en espíritu, ahora comprendo por qué no he muerto, por que no me había dejado morir, un presentimiento de algo incierto, una esperanza sin fundamento me había sostenido y era que encontraría al final de la jornada, por obra de la casualidad o por las leyes inmortales del Supremo Arquitecto del Universo, a un hombre a quien aún pudiera ser útil y fuera digno de mi confianza. ¡Cuántas gracias doy Dios Todopoderoso!

Ya era bien entrada la noche, Pancho había reunido troncos secos y ramas y había hecho su fogata mambisa, cuyo calor aumentaba el

frío a falta de abrigo. Entre palabras de mucho afecto y recuerdos de cosas pasadas el sueño lo rindió dulcemente.

A los primeros albores ambos estaban en pie. Pancho sacó su jicara con café que la belleza mambisa le regalara y caliente los estómagos con el dulce y sabroso néctar levantaron el campamento en caminata hacia la costa. Pero apenas comenzaron la ascensión de la primera loma, Pancho se dió cuenta que en todo el día su compañero pudiera hacer la jornada; aquella tos seca y pertinaz y la disnea opresora le hacían parar por minuto, en consecuencia, Pancho propuso le esperara media hora mientras llegaba a casa su amigo que tenía un mulito andariego y juvenil y no lejos del lugar.

Al efecto, a poco estaba de regreso con el mulillo enjalmado. No dejaba Pancho de tener sus temores con la nueva vía que tenían que tomar, porque una cosa era el camino a pie y otra en cabalgadura, con ésta necesitaba seguir el camino de la Maestra hacia la costa que ofrecía el peligro de toparse al enemigo. He sabido que desde la hora fatal que cayera el presidente Céspedes en San Lorenzo, los españoles se hicieron fuertes en todas las faldas de la Maestra que daban al mar y hacían sus mansiones a las orillas cercanas. Caminaron con los naturales recelos y ojo avizor al menor ruido. A las diez de la mañana cruzaban el puente de San Lorenzo a la precisa hora, recordaba el viejo, en que fue asesinado el hombre que más había admirado él en la Revolución. Por conocerle y ser su amigo, había venido él en el 71 desde Villa Clara donde operaba de Comandante en sus fuerzas. A las 12 señalaba el hombre del cordón negro al pasar por el lugar donde yacían los restos de su mejor amigo, de su compañero de la juventud, de su compañero del Club Revolucionario y de la guerra.

Del grande Moralitos, que allí terminó su carrera brillante y guerrera, allí fue enterrado por los hermanos Sanguily. A la una refrescaban la jornada a la sombra del masío y comían unos boniatos con un pedazo de jutía. El hambre y la fatiga enemigos del hombre los hizo olvidar el peligro pues éste existía inminente, y tanto que al irse a levantar del mullido lecho de hojas sienten tropel de jinetes alrededor y voces de ¡aquí están, aquí están!

Pancho salta como el tigre, revólver y machete en manos, tapa con su cuerpo al compañero y el primer hombre que asoma a la vista le desploma de un balazo. El viejo grita: Sálvate Pancho, corre que te matan, pero él no atiende más que a la batalla, tira los 6 tiros del revólver rápido, porque rápido y muchos son los que llegan. Mira atrás y observa

al compañero más pálido y sangrando. Toma el machete en la diestra y con el brazo izquierdo le argolló la cintura y como chacal hambriento embiste enfurecido a la horda que le cierra. El machete terrible silva y corta endemoniado, él no sabe cuantos mató, ni cuantos hirió ni como se hizo paso ante los hombres de su frente. Pasó lo asombroso, los asaltantes fueron los sorprendidos, esperaban vérselas con un hombre y encontraron un espíritu y un león.

El espíritu les sorprendió y el león los aterrorizó. Aquel hombre con otro a cuesta, como una pluma, de ceño terrible, de saltos de tigre y un machete feroz que chiflaba en el viento les sobrecogió de espanto. Cuando vinieron a reaccionar ya el hombre había desaparecido en la floresta con su fardo a cuesta, fueron inútiles las pesquisas, el hombre no apareció. Pancho apenas supo no ser perseguido acudió a socorrer al amigo. Creyó que estaba muerto, todo desconyuntado y manando sangre de un hombro. Le puso en el suelo, le palpó, le llamó, le apretó la herida con su pañoleta.

En el amanecer de uno de los primeros días de noviembre del año 187.. Medio disco asoma tras la lejana loma de los orientales. Sus brillantes rayos disipan un tanto la espesa neblina, que como manto vaporoso cubre la campiña cubana. Ya van tomando forma los objetos y podemos orientarnos de las cosas que nos rodean. Observamos a nuestro frente. No puede ser otra que el Magdalena cubano, nuestro caudaloso Cauto.

En la opuesta margen se extiende un delicioso llano en el que, sin orden, ni concierto se elevan majestuosas palmeras y frondosos mangos. Una bulla desconcertante, mezcla de hombres y cosas, rompe la monotonía de aquella naturaleza de aquel dulce ensueño y produce tanta belleza. Ruido de armas, galopar de caballos, órdenes de mando, y un penetrante *jufillo sui generis*, semejante al olor de nuestros montes, nos da a conocer sin lugar a equivocaciones, que nos hallamos frente a un campamento Mambí.